

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año XI

1985

Núm. 22

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Ramón Arnau: Ética y dogma en la "Iglesia de comunión"	177
Carlos Elorriaga: Modos de hacer teología y sistematización teológica	195
Antonio Benlloch Poveda: Nuevas perspectivas del Derecho de la Iglesia ante la cultura del ocio	225
Manuel Ramos Valera: La revisión ficheteana de la filosofía de Kant	241
Luis José López Ortiz: Reflexiones sobre el pensamiento moral y religioso de León Tolstoi	297
Nota: Vicente Vilar: Los estudios de Antiguo Testamento en España en nuestro tiempo	313
Recensiones	327
Actividades	339

FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER, VALENCIA
Sección Diócesis

REFLEXIONES SOBRE EL PENSAMIENTO MORAL Y RELIGIOSO DE LEÓN TOLSTOI

Por Luis José López Ortiz

Hacia una maravillosa tarde, de esas que solamente en el Cáucaso pueden darse. Todavía quedaba claridad, aunque el sol ya estaba oculto tras las montañas. El ocaso, con sus brillos y resplandores, se había extendido por todo el paisaje, iluminando con tonos rojizos y dorados las altas cumbres de las montañas.

LEÓN TOLSTOI, *Los Cosacos*

Es de sobra conocido por todos que la obra literaria de León Tolstoi adquirió gran notoriedad en Occidente a partir de la década de “los ochenta”. (Las primeras traducciones de sus novelas al francés, inglés y castellano son de esos años). Son, también, estos mismos años los del surgimiento del “tolstoísmo”, fenómeno social que aparecerá como consecuencia de la crisis de *Las Confesiones*.

Las Confesiones —obra de Tolstoi prohibida en Rusia por el Procurador General del Santo Sínodo, Pobiedonóstsev, y publicada en Ginebra e introducida ilegalmente en Rusia— es el resultado de una profunda crisis; crisis general en la que Tolstoi se replantea todo aquello que para él había sido antes válido, en la que se resquebrajan los cimientos que habían dado solidez a su existencia. Crisis de la que nacerá un hombre diferente, más enérgico, con un nuevo proyecto de vida futura que transportará de su pensamiento a su actividad literaria y a su vida cotidiana.

Sin embargo, “¡cuántas veces la misma crisis, las mismas luchas, se produjeron en él! No se podría hablar de la unidad de su pensamiento (no tuvo nunca esta unidad), pero sí de la persistencia en sus ideas de los mismos elementos diversos, ora unidos, ora contrarios, contrarios más a menudo. La unidad no está en el espíritu ni en el corazón de Tolstoi, está en el combate de sus pasiones dentro de sí mismo; está en la tragedia de su arte y de su vida”.¹

¹ Rolland, Romain, *Tolstoi*, Editorial Schapire, Buenos Aires, 1953, p. 10.

Las Confesiones de Tolstoi son una “historia de sus pensamientos y de sus sentimientos, el relato de sus experiencias espirituales. El tono es apasionado, a menudo patético, a veces exagerado e incluso molesto, porque Tolstoi, arrastrado por un gran deseo de sinceridad, rebasa el objeto que se ha propuesto y, más que ser fiel testigo de sí mismo, se constituye en su propio acusador, con brutalidad e incluso con una especie de delectación en el arrepentimiento”.²

El contexto emocional en el que se encontraba Tolstoi aquellos días, y que, por otro lado, ha quedado magistralmente reflejado en *Las Confesiones*, es el siguiente: “No tenía cincuenta años; amaba y era amado, tenía buenos hijos, un gran dominio, la gloria, la salud, el vigor físico y moral; trabajaba diez horas seguidas sin experimentar fatiga alguna. Bruscamente, mi vida se detuvo: podía respirar, comer, beber, dormir; pero esto no era vivir; no podía ni desear siquiera conocer la verdad. La verdad era que la vida es una insania (locura). Yo había llegado al abismo y veía claramente que delante de mí ya no había nada, sino la muerte; yo, hombre lleno de salud y feliz, sentía que no podía vivir más. Una fuerza invencible me arrastraba a desembarazarme de la vida..., no diré que deseaba matarme. La fuerza que me empujaba fuera de la vida era más fuerte que yo; y era una aspiración semejante a mi antigua aspiración a la vida, solamente que obraba en sentido inverso. Tuve que recurrir hasta el engaño para conmigo mismo a fin de no ceder demasiado pronto; y he aquí que yo, el hombre feliz, tenía que ocultar de mí mismo la cuerda, para no colgarme de una viga entre los armarios de mi alcoba, donde permanecía solo cada noche al desnudarme. No iba yo de caza con mi fusil, para no dejarme tentar. Me parecía que mi vida era una farsa estúpida, que era representada por cualquiera. Cuántos años de trabajo, de penas, de progreso, y ver al fin que no había nada. De mí no quedaría más que la podredumbre y los gusanos... Se puede vivir solamente durante el tiempo en que se está embriagado con la vida; pero inmediatamente que se disipa la embriaguez, se ve con claridad que todo es superchería, superchería estúpida. La familia y el arte no podían ya bastarme; los de mi familia eran tan desventurados como yo; y lo peor era que no podía resignarme. Me parecía a un hombre extraviado en un bosque, quien, presa del horror porque se ha extraviado, corre en todas direcciones y no puede detenerse aun cuando sabe que a cada paso se pierde más y más...”³

Pero esta crisis no es sólo emocional, también es espiritual (religiosa). Es más, podríamos decir que ésta es el vórtice sobre el que descansa la

² Gillès, Daniel, *Tolstoi*, Ed. Juventud, Barcelona, 1963, p. 163.

³ Texto registrado por Rolland, R., *Tolstoi*, op. cit., pp. 65-66.

primera. Dice Tolstoi conmovido en *Las Confesiones*: “Un día de temprana primavera estaba yo solo en el bosque y escuchaba sus rumores. Pensaba en mis agitaciones de los tres últimos años, en cuánto había buscado a Dios. A su solo pensamiento las olas jocundas (apacibles) de la vida se levantaban en mí. Todo se animaba en torno mío; todo adquiriría un sentido. Mas desde el momento en que ya no creía en Él, súbitamente cesaba la vida.

—¿Qué es, entonces, lo que yo busco —gritaba dentro de mí una voz. Es Él, sin quien yo no puedo vivir. Conocer a Dios y vivir son una misma cosa; Dios es la vida... Desde entonces esta luz ya no me ha abandonado”.⁴

Estaba salvado. Dios se le había aparecido. Sin embargo, no era ésta la primera vez: el joven voluntario del Cáucaso, el oficial de Sebastopol, Olenin de *Los cosacos*, el Príncipe Andrés Bolskonski y Pedro Besukhov en *La guerra y la paz*, habían tenido visiones semejantes. Pero Tolstoi era tan apasionado que, cada vez que encontraba a Dios, creía que lo encontraba por primera vez y que no había habido para él antes más que la noche y la nada. En su pasado no veía más que sombras y vergüenzas. La crisis de 1878-1881 fue sólo más violenta que las otras, tal vez por la vejez que se le aproximaba. Su única novedad estuvo en que, en lugar de que la visión de Dios se desvaneciese sin dejar rastros, después de la llamada, del éxtasis, Tolstoi, advertido por la experiencia pasada, se apresuró a avanzar, en tanto que la luz estuviera con él, y a deducir de su fe todo un sistema de vida. “Mas como no era un místico de la India, para quien el éxtasis fuera suficiente, como en él se mezclaban a los sueños del asiático la manía de la razón y la necesidad de acción del hombre de Occidente, le era indispensable traducir su revelación a la fe práctica y desprender de esta vida divina las reglas para la vida cotidiana. Sin ninguna prevención, con el deseo de creer con sinceridad las creencias de los suyos, comenzó a estudiar la doctrina de la Iglesia Ortodoxa, de la cual formaba parte. Y con el propósito de estar más cerca de ella, durante tres años se sometió a todas las ceremonias, confesando, comulgando, no osando emitir juicio sobre lo que le repugnaba, inventando explicaciones para lo que encontraba oscuro o incomprendible; uniéndose en su fe a todos los que amaba, vivos y muertos, y siempre conservando la esperanza de que en algún momento ‘el amor le abriría las puertas de la verdad’. Pero tenía que luchar, porque su razón y su corazón se rebelaban. Algunos ritos, como el sacramento del Bautismo (Tolstoi no creía en la doctrina del Pecado Original) y la Comunión, le parecían escandalosos. Cuando se le obligaba a re-

⁴ Ibid., p. 68.

petir que la hostia era el cuerpo verdadero de Cristo, ‘sentía como una puñalada en el corazón’. Y no fueron, sin embargo, los dogmas los que levantaron entre la Iglesia y él un muro infranqueable, sino las cuestiones prácticas, dos sobre todo: la intolerancia rencorosa y mutua de las iglesias y la sanción formal o tácita, dada al homicidio: la guerra y la pena de muerte”.⁵ Dice en *Las Confesiones*: “Yo, que colocaba la verdad en la unidad del amor, me sorprendí de este hecho: que la religión destruía, ella misma, lo que deseaba producir”.⁶

ACTIVIDADES PARALELAS

La actividad literaria de Tolstoi a partir de la crisis de *Las Confesiones*, tendrá una doble vertiente: por un lado, realizará obras en las que prime más lo puramente artístico y creativo; actividad ésta que irá disminuyendo con el paso del tiempo y que concluirá casi definitivamente con la publicación de *Resurrección* (1899). De otro lado, compondrá una serie de escritos doctrinales, sin apenas valor literario, que tendrán una finalidad “terapéutica”, y en los que Tolstoi desarrollará crítica y abiertamente lo que piensa acerca de temas tan fundamentales como el Cristianismo y la Iglesia, el Arte, la Ciencia, las instituciones que forman el Estado, etc., etc. En este último grupo de obras —que van desde simples relatos y cuentos populares (con moraleja incluida), hasta serios tratados sobre la Fe, exégesis bíblica y el Estado—, Tolstoi nos expone su “doctrina” y realiza a partir de ella una minuciosa “autopsia” de la sociedad rusa de su tiempo. En esta actitud de denuncia del orden social existente se **mantendrá hasta el fin de sus días**.

En estos años, en los que conoce a A. Chejov y a M. Gorki, mueren sus contemporáneos I. Turguenev (1883) y F. Dostoievski (1881), al que nunca llegó a conocer personalmente, pero del que sí que conociera su obra. También en esos años, en la década de “los ochenta”, obtendrá la celebridad y el reconocimiento que, como hemos dicho, le reportará no sólo su obra literaria sino su “mensaje”, y que irá aumentando paulatinamente hasta el punto que, a veces, Iásnaia Poliana, su residencia, se verá materialmente invadida por curiosos e ilustres visitantes procedentes de toda Europa y de Estados Unidos; simpatizantes, en definitiva, con sus ideas reformistas. A estos últimos, a los más adictos al “maestro”, Sofía (la mujer de Tolstoi) especialmente les aborrecerá; ya que, según

⁵ *Ibíd.*, pp. 68-69.

⁶ *Ibíd.*, p. 69. Esta obra de Romain Rolland es una fuente fundamental para el conocimiento del período crítico de Tolstoi.

ella, no harán más que bloquear y entorpecer las relaciones de Tolstoi con su familia. Sofía los llamará, sin eufemismos, los “oscuros”.

Las relaciones de Tolstoi con su familia, como puede suponerse, por estas fechas, no podían ser peores, por momentos se deterioraban cada vez más. En abril de 1884, encontramos anotado en su *Diario*: “Sufro mucho con mi familia... Nadie presta atención a lo que digo... Parecen fijarse, no en el sentido de mis palabras, sino en la indiscreción que cometo al pronunciarlas. ¿Cómo no ven que no sólo sufro sino que no vivo desde hace tres años”.⁷ Tolstoi encontrará muy pocas satisfacciones, a partir de estos años y hasta la fecha de su muerte, en la vida familiar, de la que cada vez se irá distanciando más y más; aunque, según sus planes, nunca llegara a distanciarse lo suficiente. Además, para intensificar más la animosidad entre Tolstoi y los suyos, éste renunciará a los derechos de autor de toda su etapa postcrítica (hay que exceptuar *Resurrección*). Todo esto, sin duda, favorecerá las diferencias ya existentes entre él y Sofía; diferencias que sólo se superarán en aquellos momentos de pasión que aún tendrán en la intimidad, y cuyo fruto será el nacimiento de dos hijos más, en 1884 y 1888 (paradójicamente, cuando estaba incubándose en él la idea de *La Sonata a Kreutzer*).

I

Las novelas más importantes en la última etapa de la vida de Tolstoi son: *La muerte de Iván Illich*, *La Sonata a Kreutzer* y *Resurrección*.

En 1884, Tolstoi “consigue exorcizar uno de sus demonios más torturadores: la obsesión de la muerte. Objetivando ese miedo, haciéndolo deslizar desde el fondo oscuro de su conciencia al marco claro de una historia novelada. Da al héroe de esta angustia un nombre que no es el suyo —Iván Illich—, como si el horror de ser hombre, de estar condenado a morir, fuese una aventura que no le afectase personalmente. Así fue como escribió *La muerte de Iván Illich*, una de sus obras maestras”.⁸

En 1889, publicará *La Sonata a Kreutzer* —que presumimos no sería del agrado de su mujer—. En 1895, verá la luz *Amo y Criado* (cuya estructura no tiene la forma de una novela). Los tipos principales de esta

⁷ Texto recogido por Porche, François, *Tolstoi*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1958, p. 232.

⁸ *Ibíd.*, p. 236. Más información sobre *La muerte de Iván Illich* y *La Sonata a Kreutzer* se encuentra en mi trabajo “Algunas consideraciones sobre lo trágico en la obra de León Tolstoi”, en *Anales Valencinos*. Revista de Filosofía y Teología, Facultad de Teología, San Vicente Ferrer, Valencia. 11 (1985), 61-78.

genial obrita, el amo —el comerciante Brejunov— y su criado —el campesino Nikita—, son una ligera variante de Iván Illich y su criado Guerasim. La vida de Brejunov es tan pobre moralmente como la de Iván Illich, y también se trunca inesperadamente (muere helado en medio de un temporal de nieve). Sin embargo, contrariamente a Iván Illich, Brejunov redime, según el criterio moralista de Tolstoi, las mezquindades de su vida, entregada completamente al atesoramiento de dinero. Al helarse, da calor con su cuerpo al criado, que gracias a eso se salva de perecer helado. La descripción del temporal de nieve denota una aguda observación. Podemos decir lo mismo de una serie de detalles que analiza magistralmente.

En 1899, aparecerá *Resurrección*, testamento artístico y doctrinal de Tolstoi. Los beneficios obtenidos con la publicación de esta obra serían destinados a costear los gastos de la marcha de la secta de los “dujorbortsi” (expulsados por el gobierno zarista) al Canadá. Sobre esta secta y sobre los vínculos que Tolstoi mantuvo con ella dice J. F. Hecker: “El siglo XVII, que tan fecundo fue en movimientos religiosos, dio nacimiento también a ciertas sectas que no diferían apenas por sus ideas doctrinales de las de los cuáqueros. Los ‘dujorbortsi’ rusos (atletas del espíritu) son una secta derivada probablemente del movimiento de los ‘khlesti’. Tolstoi se interesó por ellos cuando conoció sus doctrinas, según las cuales el Reino de Dios está dentro del hombre. Los ‘dujorbortsi’ creen que Dios es inseparable del hombre y que fuera de éste no puede existir. La memoria, la razón y la voluntad son la Santa Trinidad. Niegan la vida sobrenatural y tratan de realizar en la tierra su paraíso. Veneran a Dios en el hombre, y sus ritos consisten en reverencias respetuosas y saludos recíprocos. No reconocen la autoridad de las Escrituras y creen que el ‘libro de la vida’ está en el corazón de los hombres. Son vegetarianos, pacifistas, ...”⁹

Resurrección fue el motivo por el que, en 1900, “el presidente del Santo Sínodo, monseñor Antonio, metropolitano de San Petersburgo, indignado por los ataques que se dirigían a la Iglesia Ortodoxa en *Resurrección* decidió a instancias de Pobiedonostzev excomulgar al culpable (los capítulos XXXIX y XL de la 1.^a parte de esta novela son los que, sin duda, le valdrían a Tolstoi la excomunión). Un mandamiento confidencial destinado al clero declaraba a León Tolstoi extraño a la comunidad eclesial y prohibía que se pronunciaran misas mortuorias por el descanso

⁹ Hecker, Julio, F., *La religión en el país de los soviets*, Ediciones Oriente, Madrid, 1930, pp. 187-188.

de su alma si moría impenitente".¹⁰ La excomunión sería anulada años más tarde, en 1922.¹¹

Sin embargo, todo parece indicar que la excomunión no logró atemorizar a Tolstoi. En una carta pública del 4 de abril de 1901, Tolstoi ataca y denuncia el carácter ilegal y calumnioso de la pastoral sinodal y afirma una vez más que los dogmas de la Santísima Trinidad y de la Inmaculada Concepción le parecen incomprensibles; del mismo modo condena los sacramentos como sortilegios despreciables y burdos, para posteriormente formular sus creencias:

"Creo en Dios, al que concibo como el espíritu, el amor y el principio de todo.

Creo que Él está en mí como yo estoy en Él.

Creo que la voluntad de Dios nunca estuvo más claramente expresada que en la doctrina de Cristo Hombre; pero no se puede considerar a Cristo como Dios y dirigirle oraciones sin cometer, según mi opinión, el mayor sacrilegio...

Creo que, para cada uno de nosotros, el único sentido de la vida debe ser el acrecentar el amor por Él.

Creo que, para progresar en el amor, sólo hay un medio: la oración. No la oración pública en los templos, que Cristo reprobó formalmente (Mateo VI, 5-13), sino la oración que Él mismo nos dio ejemplo; la oración solitaria, que consiste en restablecer, en afirmar en uno la conciencia del sentido de nuestra vida y el sentimiento de que debemos depender de la voluntad de Dios."¹²

Hay, pues, dos ideas claras hasta ahora: primera, la "afirmación" de Dios; segunda, la crítica al cristianismo como una caída en la "positividad".

II

Las obras más importantes de Tolstoi que no tienen una estructura creativa (a excepción de los cuentos populares y de los relatos), las podemos aglutinar bajo el término de filosófico-morales, y, entre otras, las más importantes son: *Crítica de la teología dogmática* (1881), *Concordancia y traducción de los cuatro Evangelios* (1881-1883) *¿Cuál es mi fe?* (1883-1884) —prohibida en Rusia hasta 1904—, *¿Qué debemos hacer?*

¹⁰ Troyat, Henri, *Tolstoi*, Bruguera, Grandes Maestros, Barcelona, 1984, vol. III, p. 163.

¹¹ Más detalles sobre este suceso lo encontramos en Hecker, J. F., *La religión en el país de los soviets*, op. cit., pp. 162 y ss.

¹² Texto registrado por Troyat, Henri, *Tolstoi*, op. cit., vol. III, p. 162.

(1886), *De la vida* (1887), *La Iglesia y el Estado* (1891), *¿Qué es el arte?* —“Revista de filosofía y psicología”, Moscú, noviembre y diciembre de 1897, y enero y febrero de 1898—, *El fin de un mundo* (1905), y un largo etcétera de ensayos y panfletos.

Además, en 1885, Tolstoi fundará con su secretario Tcherkov —el “tolstoiano” más odiado por Sofía— una casa editorial: “El Intermediario”, destinada principalmente a la publicación de los relatos y cuentos populares de Tolstoi. Los más interesantes son: *Historia de Iván “el imbecil”*, *El cirio*, *El pecador arrepentido*, *Los dos hermanos y el oro*, *Los dos viejos*. *¿Cuánta tierra necesita un hombre?* y *Dios y el diablo*.

En la *Crítica de la teología dogmática*, “Tolstoi ataca abiertamente la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa. Lo hace en nombre de un racionalismo bastante simplista, que trata de hipocresía e incluso de ‘blasfemia contra el Espíritu Santo’ todo lo que en los dogmas escandaliza a la razón. Como hacen ciertas sectas protestantes —aunque, sin duda, él se habría indignado si se lo hubiesen dicho—, rechaza así, como supersticiones estúpidas: la Trinidad, los demonios y los ángeles, la creación del mundo en seis días, la salvación y la condenación eternas. Tal como es, la obra resulta valerosa, porque es preciso recordar el inmenso poder temporal e incluso político de la Iglesia rusa zarista en el momento en que fue escrita. Pero con frecuencia, con demasiada frecuencia, revela una información apresurada y azarosa de aficionado, un aparato crítico incompleto y argumentos tan pobres como los de sus adversarios. El mismo Tolstoi debía reconocer, por lo demás, más adelante, que se había dejado arrastrar con demasiada frecuencia por su fogosidad de polemista”.¹³

En *Concordancia y traducción de los cuatro Evangelios*, nos dice que el mensaje de Cristo, “que él se esforzaba en descubrir en su pureza primitiva, traduciendo y yuxtaponiendo los cuatro Evangelios, no era, según él, ni una ‘revelación divina’ ni siquiera un fenómeno histórico, sino solamente una explicación de aquél sentido de la vida que con tanta ansiedad había buscado. Porque, para Tolstoi, y ahí está la base misma de su exégesis, el Cristianismo es ante todo, y casi únicamente, una moral. El mensaje de Cristo no consiste en la salvación por la gracia o en el establecimiento de una Iglesia, sino en enseñarles a los hombres cómo deben vivir”,¹⁴ y esto, según él, lo encontramos en los Evangelios. Sobre ellos edificaría su fe.

¹³ Gillès, D., *Tolstoi*, op. cit., pp. 173-174.

¹⁴ Gillès, D., *Tolstoi*, op. cit., p. 174.

¿Cuál es mi fe?, es la asunción plena de la doctrina de Cristo; Tolstoi, dice que no hay felicidad posible en la tierra mientras los hombres no cumplan y sigan el mensaje de Cristo.

El plan de salvación de Tolstoi está basado en el “Sermón de la montaña”, y lo podemos resumir, siguiendo a Tolstoi, en cinco preceptos:

I. No te abandones a relaciones sexuales ilícitas (no cometas adulterio).

II. No te encolerices, sino vive en paz con todos los hombres.

III. No prestes juramento en vano.

IV. No resistas al mal con la violencia.

V. No seas enemigo de nadie.¹⁵

Sin embargo, podemos decir con Hecker: “El espíritu de perdón que caracteriza al alma rusa explica el entusiasmo con que el pueblo ruso acoge las doctrinas pacifistas. No es el Nuevo Testamento de donde ha sacado Tolstoi su filosofía de la no-resistencia: ésta le ha sido sugerida en un principio por el pueblo y por esos peregrinos con que se tropezaba en los caminos y que le exponían su opinión sobre el verdadero sentido de la religión”.¹⁶

¿Qué debemos hacer? es la expresión de una crisis más intensa que la de *Las Confesiones*. Tolstoi es consciente de que el “mal” no sólo está en él, sino que es toda la colectividad humana la que permanece en constante crisis. Crisis de la que, contrariamente a lo que pensaba él, todavía no hemos salido. En esta obra describe con minuciosidad casi fotográfica las causas de la miseria de Moscú, también presente que la revolución está próxima —aunque no fuera su revolución—. Dice Tolstoi: “La verdadera causa de la miseria son las riquezas acumuladas en manos de quienes nada producen y que se han concentrado en las ciudades. Los ricos se han reunido en las ciudades para divertirse y defenderse, y los pobres vienen a ellas a nutrirse con las migajas de la riqueza... Es sorprendente que muchos de ellos continuen aún trabajando, y que no se consagren todos a la caza de un medio más fácil: comercio, acaparamiento, prostitución, estafas... El eje del mal es la propiedad. La propiedad no es más que el medio de disfrutar del trabajo ajeno... Desde hace tres o cuatro años se nos injuria en las calles, se nos llama holgazanes. El odio y el desprecio del pueblo oprimido aumentan...”.¹⁷ Tam-

¹⁵ Síntesis de Tolstoi, L., *¿Cuál es mi fe? La Iglesia y el Estado*, Ed. Mentora, Barcelona, 1927.

¹⁶ Hecker, J. F., *La religión en el país de los soviets*, op. cit., p. 34.

¹⁷ Texto recogido por Rolland, R., *Tolstoi*, op. cit., p. 78.

bién nos dirá Tolstoi en esta obra cuál debe ser la función social de la ciencia y el arte, adelantando, así, su posterior teoría del arte. “La ciencia y el arte —dice Tolstoi— son tan necesarios como el pan y el agua; y aún más necesarios... La verdadera ciencia es el conocimiento de la “misión”, y por consiguiente, del verdadero bien de todos los hombres. El verdadero arte es la expresión del conocimiento de la “misión” y del verdadero bien de todos los hombres... La actividad de la ciencia y del arte da frutos únicamente cuando no se arroga ningún derecho y sólo reconoce deberes... El verdadero artista no permanece nunca sentado en las olímpicas alturas, como estamos acostumbrados a creerlo, sino que está siempre en la inquietud y en la emoción. Debe resolver y decir lo que producirá el bien a los demás hombres... No es aquél que ha sido educado en un establecimiento donde se forma artistas y sabios (a decir verdad solamente se forma en esos establecimientos a destructores de la ciencia y del arte); no es aquél que recibe diplomas y un tratamiento, quien será un pensador y un artista, sino aquél que sería dichoso con no pensar y con no expresar todo lo que se le ha metido en el alma, y que sin embargo no puede dispensarse de hacerlo, porque es arrastrado por dos fuerzas irresistibles: su necesidad interior y su amor a los hombres...”¹⁸

De la vida, es una obra poco conocida y sin embargo muy importante desde el punto de vista religioso, puesto que en ella establece Tolstoi una serie de principios a los que llegará después de casi diez años de búsqueda y de luchas internas; es, podríamos decir, su primera exposición coherente, el primer “catecismo” tolstoiano. En este opúsculo dice cosas como: “El amor es la única actividad razonable del hombre; el amor es el estado más racional del alma, el más luminoso y supremo, que resuelve todas las contradicciones de la vida, que no sólo hace desaparecer el espanto de la muerte (recordemos el desenlace final de *La muerte de Iván Illich*, escrita en las mismas fechas que esta obra), sino que mueve también al hombre a sacrificarse en favor de los otros... Con el Amor llegaremos a formar el Reino de Dios sobre la tierra”.¹⁹

En *La Iglesia y el Estado* reprocha a la Iglesia la “alianza impía” que ha mantenido con el poder temporal. Dice: “La bendición del poder por el cristianismo es un sacrilegio, es la pérdida del cristianismo.

Después de vivir mil quinientos años (Edicto de Tolerancia promulgado por Licinio y Constantino en el año 313) en esa sacrílega alianza del pseudo-cristianismo y el Estado, hay que realizar un gran esfuerzo para olvidar todos los complicados sofismas con cuya ayuda, durante mil

¹⁸ *Ibíd.*, pp. 87-88.

¹⁹ Texto registrado por Rolland, R., Tolstoi, op. cit., pp. 73 a 75.

quientos años, fue desfigurada por todas partes la doctrina cristiana, para poderla conciliar con el Estado (con el zar), explicar la santidad, la legitimidad del Estado y su posibilidad de ser cristiano".²⁰ Y al final del opúsculo dice: "He aquí, pues, el primer hecho: los dogmas sobre los que nadie está de acuerdo, que no son necesarios a nadie, que pierden a los hombres, eso es lo que la jerarquía (la Iglesia) daba y sigue dando por religión. El segundo: aquello sobre lo que están de acuerdo todos, lo que es necesario a todos, lo que salva a los hombres, eso, la jerarquía, aunque no se atreva a negarlo, no se atreve tampoco a darlo como doctrina, porque esa doctrina la denunciaría a ella misma".²¹ Como dice Hecker: "La religión es para los rusos, más que nada, adoración y meditación. La moral no tiene mucho que ver con la vida religiosa del ruso y no es para éste la base de la organización religiosa".²²

¿Qué es el arte? contiene su doctrina moral-estética del arte. Para Tolstói el arte debe ser un "bien social", una actividad que no sólo satisfaga el capricho y la sensualidad de la élite; ya que de esta forma, el arte sólo es pseudo-arte. La expresión artística, según él, tanto en su "comprensión" como en su realización (ejecución), tiene que ser "universal", debe alcanzar a toda la humanidad, y debe de ser "moral", es decir, ser válida para el perfeccionamiento de nuestra vida.²³

El fin de un mundo es una suerte de glosario político-religioso. En esta obra, Tolstói, descalifica políticamente y con desdén tanto a los Liberales como a los Socialistas (marxistas) de su tiempo. Él no cree que el sistema de organización de la vida política, económica y social, que propugna cada uno de éstos, sea el más conveniente para el perfeccionamiento de la convivencia humana. Las ideas de Tolstói, en este sentido, irán por otros derroteros. Dice: "En estos últimos tiempos la deformación del cristianismo ha dado lugar a una nueva superchería, que ha hundido más a nuestros pueblos en el servilismo. Con la ayuda de un sistema complejo de elecciones parlamentarias, se les ha sugerido que al elegir sus representantes directamente, participan en el gobierno, y que, obedeciéndolos, obedecen a su propia voluntad, son libres. Esta es una trapacería. El pueblo no puede expresar su voluntad, ni aun con el sufragio universal: primero, porque semejante voluntad colectiva de una nación de varios millones de habitantes, no puede existir; y segundo, porque aun cuando

²⁰ Tolstói, L., *¿Cuál es mi fe? La Iglesia y el Estado*, op. cit., p. 285.

²¹ Tolstói, L., *¿Cuál es mi fe?...* op. cit., p. 292.

²² Hecker, J. F., *La religión en el país de los soviets*, op. cit., p. 36.

²³ La teoría del arte de Tolstói la encontramos en Tolstói, L., *¿Qué es el arte?*, Ed. Maucci, Barcelona, 1902. También en Tolstói, L., *Sobre arte*, Cuadernos Teorema, Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia, Universidad de Valencia, 1978.

existiera, la mayoría de votos no sería de su expresión. Sin insistir en el hecho de que los elegidos legislan y administran, no para el bien general, sino para mantenerse en el poder... Estos hombres libres recuerdan a los prisioneros, que se imaginan gozar de libertad, cuando tienen el derecho de elegir entre ellos a los carceleros encargados de la policía interior de la prisión... Un miembro de un estado despótico puede ser enteramente libre, aun entre las más crueles violencias; pero un miembro de un estado constitucional es siempre esclavo, porque reconoce la legalidad de las violencias cometidas contra él...".²⁴

En esta misma línea, dice en una carta al japonés Izo-Abe, en 1904: "El socialismo se propone poner fin la satisfacción de las necesidades más bajas del hombre: su bienestar material. Y aun este mismo fin es impotente para alcanzarlo por los medios que preconiza".²⁵

Si Tolstoi era renuente a liberales y socialistas, no era, como pudiera creerse, para dejar el campo libre a la autocracia; sino, más bien, todo lo contrario: "Creo —dice Tolstoi— que en esta hora precisa comienza la gran revolución que se prepara hace dos mil años en el mundo cristiano, la revolución que substituirá al cristianismo corrompido y al régimen de dominación que de él se deriva, por el verdadero cristianismo, base de la igualdad entre los hombres y de la verdadera libertad".²⁶

LA TEOLOGÍA DE TOLSTOI

Nekhludov se puso a leer el Evangelio desde el principio. Después del sermón de la Montaña, que siempre le había conmovido, leyó por primera vez, aquella noche, no ya bellos pensamientos abstractos que exigen de nosotros una conducta imposible de seguir, sino mandamientos simples, claros, prácticamente realizables y que bastaría cumplir para establecer una organización social nueva, para hacer desaparecer, por la fuerza de las cosas, la violencia que tanto indignaba a Nekhludov, realizando, además, la ventura más grande que pueda alcanzar la humanidad: el Reino de Dios en la tierra.

LEÓN TOLSTOI, *Resurrección*

En la teología de Tolstoi hay cuatro temas principales: la muerte, el Reino de Dios, la persona de Cristo y el encuentro del propio novelista con Dios Padre.²⁷

²⁴ En Rolland, R., *Tolstoi*, op. cit., pp. 123-124.

²⁵ *Ibid.*, p. 126.

²⁶ En Rolland, R., *Tolstoi*, op. cit., pp. 127-128.

²⁷ La fuente principal de este último capítulo es una síntesis de la obra de Steiner, Georg, *Tolstoi o Dostoievski*, Biblioteca Era (Ediciones), México, 1968, pp.

Al igual que otros escritores, Tolstói estaba obsesionado por el misterio de la muerte. Esta obsesión se intensificó con el paso de los años; sufría por la desesperación de su razón ante el pensamiento de que las vidas de los hombres estaban condenadas a la extinción irremediable a través de la enfermedad, la violencia o los estragos del tiempo, a esa desaparición centímetro a centímetro dentro del “saco negro”, que mentaba Iván Illich en los últimos momentos de su agonía. Del mismo modo que Iván Illich y Levin, Tolstói se sentía acosado hasta el borde de la autodestrucción por el aparente absurdo de la existencia humana, a la que llegó a calificar alguna vez de “broma estúpida”.

De esta desesperada meditación brotó un mito consolador; declarando que “Dios es la vida” y que “conocer a Dios y vivir es una misma cosa”. Tolstói, incluso, llegó a negar la realidad de la muerte (para ilustrar este argumento puede leerse el último párrafo de *La muerte de Iván Illich*). Del mismo modo escribió en su *Diario*, en diciembre de 1895, que el hombre “nunca nace y nunca muere y siempre es”. E incluso cuando estaba preparado para reconocer en la muerte una experiencia definible, vio esta experiencia como consagración de la fuerza de la vida. Escribiendo a su mujer, en mayo de 1898, describía un paseo a través de un bosque, cuyos árboles retoñaban con el inicio del verano:

Y pensé, como hago constantemente, en la muerte. Y fue tan claro para mí que al otro lado de la muerte todo será igualmente bueno, aunque de diferente manera, y comprendí por qué los judíos representan el paraíso con un jardín.

Al mes siguiente, en la gloria del verano que lo rodeaba, y en término tomado, poco característicamente, del mundo del teatro, Tolstói registró una de sus más bellas visiones:

La muerte es el cruce de una conciencia a otra, de una imagen del mundo a otra. Es como pasar de una escena con su decorado a otra... En el momento de este cruce, se hace evidente, o al menos uno lo siente así, la más verdadera realidad.

La concepción de Tolstói del Reino de Dios surgió directamente de sus obstinados intentos de atrapar el alma arrastrada por la muerte y retenerla eternamente dentro de los confines del mundo tangible. Rechazaba enfáticamente la idea de que el Reino de Dios estaba en “otra parte” —al igual que su coetáneo Nietzsche, Tolstói reivindicaba el “más acá” por el “más allá”—, de que tenemos acceso a él por medio de una trascendencia de la vida misma. El arte de Tolstói es, en este sentido, antiplatónico; celebra la completa “condición real” del mundo. Nos dice,

repetidamente, que el Reino de Dios debe establecerse “aquí” y “ahora”, en esta tierra y en esta vida, la única que nos es concedida. Incansablemente, Tolstoi manifestaba que no hay pruebas de la existencia de otro mundo y que el Reino de Dios debe ser construido por manos mortales. Identificaba la voz de Cristo con “toda la conciencia racional de la humanidad”.

Asimismo, Tolstoi no quería tratos con la “Iglesia muerta” que aceptaba los crímenes, los desatinos y las inhumanidades de la vida terrestre en espera de que se hiciera justicia más adelante. La teodicea de la compensación, la creencia de que los torturadores y los pobres se sentarán a la diestra del Padre en otro Reino, le parecía una leyenda fraudulenta y cruel, fraguada para conservar el orden existente. La justicia debe hacerse aquí y ahora. Como dice Nicolás Berdiaeff: “Tolstoi confiesa el pecado social y el pecado de la cultura sobre los cuales se ha levantado el mundo que se cree ser cristiano. Se rebela contra la religión, contra la Iglesia en cuanto una y otra son partes integrantes del mundo de la cultura y se han doblegado a sus leyes y a sus normas”.²⁸

En lo que se refiere a Cristo, Tolstoi como Nietzsche, no podía amar a un profeta que declaraba que su Reino no era de este mundo. El carácter aristocrático de Tolstoi, su espíritu dionisiaco, su gusto por la energía física y el heroísmo, se rebelaban contra la mansedumbre y el “pathos” de Cristo.

Entre los dramas del alma que se conocen, el de las relaciones de Tolstoi con Dios es uno de los más absorbentes y majestuosos: “(Iván Illich) lloraba pensando en su impotencia, en su horrible soledad, en la crueldad de los hombres, en la crueldad de Dios, en la ausencia de Dios”.²⁹ El diálogo de Tolstoi con Dios, como el de Pascal y el de Kierkegaard, tenía todos los elementos de la tragedia. Había crisis y reconciliaciones, salidas y rebatos. En junio de 1898, escribió en su *Diario*:

Auxilio, Padre. Ven y mora dentro de mí. Ya moras dentro de mí. Ya eres “yo”. Mi trabajo sólo consiste en reconcerte. Escribo esto ahora y estoy lleno de deseo. No obstante, sé quién soy.

Es una extraña súplica. Tolstoi se inclinaba a creer que el conocimiento de sí mismo llevaba inmediatamente al reconocimiento de Dios. Una gloria ajena le había invadido. Y sin embargo, había indicios de duda y de rebeldía en la afirmación medio desesperada y medio triunfante:

²⁸ Berdiaeff, Nicolás, *El cristianismo y el problema del comunismo*, Espasa Calpe, Colección Austral, n.º 26, Argentina, 1937, p. 145.

²⁹ Tolstoi, L., *La muerte de Iván Illich...* Traducción del ruso por José Laín Entralgo, Editorial Salvat, Navarra, 1970, p. 80.

“No obstante, sé quién soy”. Tolstoi no podía resignarse ni a la ausencia de Dios ni a su realidad fuera de sí mismo: “Vere tu es Deus absconditus”, afirma Pascal en sus *Pensées*.³⁰

La alternancia de amor y odio, de epifanía y escepticismo, hace difícil definir la teología tolstoiana con algún rigor. A través de su imagen del Cristo humano, a través de sus especulaciones sobre el encierro de Dios en el hombre y por virtud de su programa milenarista, puede relacionarse con algunas de las herejías de la Iglesia primitiva y medieval. Pero la verdadera dificultad es mucho más honda y pocos comentaristas han estado dispuestos a examinarla seriamente. En la religión de Tolstoi los términos principales son peligrosamente fluidos: “Dios es sustituido deliberadamente por ‘El Bien’ y ‘El Bien’ es sustituido a su vez por el ‘Amor fraterno’ entre los hombres. En realidad, semejante credo no excluye ni el completo ateísmo ni la completa incredulidad” (León Chestov, *Tolstoi y Nietzsche*). Esto es innegablemente cierto; las concepciones definidoras son intercambiables y a través de un proceso gradual de ecuación llegamos a una teología sin Dios. O, mejor dicho, llegamos a una antropología de la grandeza mortal en la que los hombres han creado a Dios en su propia naturaleza (teología antropomórfica); a veces un guardián titular, otras veces un enemigo lleno de antigua astucia y de súbita venganza. Semejante visión de Dios y el drama de los encuentros entre Dios y el hombre que ella comporta, no son ni cristianos ni ateos, sino, tal vez, paganos.

Concluiremos este trabajo con un texto de Hecker que sintetiza, creemos que acertadamente, uno de los aspectos esenciales de la creación tolstoiana y, en general, de la literatura rusa de todos los tiempos (exceptuando, claro está, la literatura post-revolucionaria): “La tragedia religiosa de la clase intelectual rusa ha sido comprendida por sus más grandes genios literarios: Gogol, Dostoievski, Tolstoi, Soloviev, Merejkovsky, Berdiaev, Rozanov, Alejandro Block y otros muchos escritores profundamente religiosos. Sus obras literarias refieren la historia de sus luchas espirituales y de sus desesperadas indagaciones en busca de Dios, del sentido y de la finalidad de la vida. Se les ha llamado los ‘buscadores de Dios’ y los ‘combatientes de Dios’ ”.³¹

³⁰ Sobre estas cuestiones puede consultarse el excelente trabajo de Lucien Goldmann, *El hombre y lo absoluto*, Ed. Península, Barcelona, 1968. Esta obra trata ampliamente los tres vértices de la visión trágica: Dios, Mundo y Hombre. Goldmann, además, en este trabajo realiza un análisis detallado de la obra de Pascal y Racine.

³¹ Hecker, J. F., *La religión en el país de los soviets*, op. cit., p. 209.